

## **El legado de la tía Jane Elizabeth viuda del barón van Ryselberger**

Hellmuth estaba tranquilo; alegre y confiado con la reunión que iban a sostener con el Notario Público de la Plaza Mayor, que leería el testamento ante los aspirantes herederos, porque su tía le había entregado una copia que, en reconocimiento de su cariño, amor y dedicación a cuidarla por tantos años, le heredaba casi la totalidad de sus bienes.

Escuchó atento como llegaban los carruajes y observó a través de los cristales biselados del ventanal, de su amplio dormitorio, como los palafreneros sostenía los caballos de sus primos. El achacoso Notario descendió de su lujosa berlina con gran dificultad, sostenido por su cochero.

Una vez que todos habían llegado Hellmuth, bajó a reunirse en el gran salón donde protocolarmente se leería el testamento. En recogido silencio todos escucharon la voz gangosa del Notario, no sin un aire de suspenso. Cuan grande fue su sorpresa al escuchar otro texto, muy distinto, firmado por su tía en que sólo le dejaba una serie de bártulos que se guardaban en la sala del sótano de la mansión. Sala que el señor barón utilizaba para reuniones que exigían absoluta privacidad y que desde de su fallecimiento le habían cambiado el destino. Sentimientos encontrados de dolor, ira y compasión le embargaron.

Se cruzaron las miradas y le pareció notar cierta complicidad entre los asistentes y el Notario; él a duras penas conservó la calma, fue un golpe bajo incomprensible; a continuación, sólo pidió leer con sus propios ojos el texto y convencerse de su veracidad. Entonces pidió que le otorgaran un par de días para mudarse y retirar sus pertenencias.

Cuando quedó solo, en total silencio, después que los nuevos alegres herederos se retiraron, le bajo una profunda decepción respecto de la actitud de su tía que no podía concebir, “¿Como cambió el testamento y prácticamente me deja en la calle, queriéndome más que a un hijo y yo a ella como una madre?”.

Al recorrer los salones de la mansión, podía recordar todos aquellos maravillosos momentos en que se regaloneaban como madre e hijo, eran momentos de profunda gratitud. Cada candelabro de bronce labrado, cada copa de cristal de Bohemia, cada cubierto de plata le recordaba la finura y delicadeza de ella; era un ser transparente, en exceso bondadosa. No tenía rencor con nadie y perdonaba siempre a sus hijos que la visitaban tan sólo para salvarlos de sus aprietos financieros.

A medida que continuaba su recorrido, volvió a recordar esas miradas ansiosas de los nuevos herederos y volvió nuevamente a desconfiar de la veracidad del actual testamento. ¿Pero, cómo podría saber si era falso? Se preguntó innumerables veces.

Bajó al sótano a revisar que cosas rescatables podría encontrar allí. Le sorprendió que estuviera tan limpio y ordenado, impropio de cualquier sala de sótano con cachivaches. Había varias sillas en buen estado y un hermoso escritorio Chipendale, que pensó le serviría muchísimo. Luego revisó una serie de libros de novelas románticas de la época y una excelente estantería de roble americano. Sintió los pasos de doña Olivia, la señora del aseo que entraba a la casa, no le hizo mayor caso; luego volvió nuevamente a la nostalgia de sus pesares. Observó con desgano perfectamente alineados los 57 tomos de la Enciclopedia Británica. Algo en ellos le perturbó, que en lo inmediato no logró percibir por el estado de ánimo que se encontraba.

Subió a su dormitorio. En el largo pasillo la señora Olivia, se acercó a darle las condolencias por el fallecimiento de su tía. “Siento mucha pena por su tía, más de 15 años he venido día por medio. Era una gran dama y bondadosa cristiana”... “Que lamentable Señor, que falleciera durante sus vacaciones”.

“Así es, yo también lo lamento mucho. Era como la madre que nunca tuve”... después de una larga pausa, como culpándose de no haber estado presente, le preguntó “¿por lo menos vino mi primo?, como usted sabe se ofreció para cuidarla mientras duró mi ausencia”.

“Sí, vino casi todos los días” respondió la señora Olivia, “pero parece que la hizo rabiar mucho, porque le tuve que dar unas gotas de valeriana”... “parece que eran unas deudas de juego”

“Una última pregunta, ¿por qué la sala del sótano, se encuentra tan limpia y ordenada?”

“¡Ah! Su hermano mayor o primo hermano, como quiera llamarle, me ordenó que lo hiciera igual como en los tiempos del patrón el barón don Wolfgang en sus reuniones privadas. Me pidió que no viniera la próxima vez; que tomara vacaciones ese día; que de todos modos me lo iban a pagar.”... “Yo, si me disculpa, soy muy curiosa, ese día no vine, pero me asomé desde la esquina para ver que visitas tenía su hermano o primo” ... “Llegó con el Notario de la Plaza mayor. El mismo que vino esta mañana... algo malo estarían tramando me dijo mi marido”

Hellmuth, empezó a cuadrar sus ideas y volvió nuevamente al sótano para ver si podía encontrar más evidencias que probaran que su tía había sido obligada a cambiar el testamento. Ahora recordó el tomo de la Enciclopedia Británica que yacía

en postura inversa, acudió a él y contenía escrito con lápiz labial la palabra “escritorio”.

Desesperadamente acudió al escritorio, revisó todas las cajoneras y no encontró nada, se sentó agotado de tantas experiencias intensas de ese día y se relajó desparramándose en el silloncito. Desde allí divagaba sobre lo escrito en rouge, cuando logró percibir la punta de un papel que surgía por el costado izquierdo de la cubierta del escritorio. Saltó bruscamente y corrió hacia él. Era una gaveta secreta que se debía abrir con una llavecita tubular. Trató de sacar el papel tirando la punta y sólo quedó con el pedazo que asomaba. Entonces subió corriendo al segundo piso, al dormitorio de su tía para encontrar el manajo de llaves que ella acostumbraba a llevar. Desarmó camas, furioso tiro las gavetas de las mesitas de noche, descolgó ropas de los closets y las repartió por el suelo. No las encontraba, finalmente fue al baño y en el bolsillo de la bata encontró la llavecilla tubular.

Jadeando, pero con cierto aire triunfal, bajó al sótano para abrir la gaveta secreta. Encontró en ella un pedazo de una hoja de un libro que decía con letra escrita con mucho apuro “me obligaron por segunda vez a cambiar el testamento.”; efectivamente era la letra de su tía. Se dijo así mismo “Malditos, tal vez la primera vez no quedaron satisfechos entre ellos en cómo se repartirían el botín”; pasada las primeras emociones de sentimientos contradictorios, dudó que aquella hoja fuera una prueba suficiente para refutar lo obrado ante y por el Notario, quién en su momento no debió aceptar un cambio forzado del testamento y que desde luego sería el esencial testigo para negarlo; era ese papel contra la palabra del Notario. Tal dilema le nubló la razón creando unos irrefrenables deseos de venganza. Entonces buscó el revólver 22 del barón, lo cargó con 6 las balas haciendo girar con

furia el tambor, dispuesto a matar, total ahora no tenía mucho que perder. La señora Olivia al darse cuenta de las fatales intenciones de Helmuth, en una salida simulada a comprar se las ingenió para acudir a advertir al primo hermano del peligro.

Hellmuth esperó que anocheciera, llegada la noche se colocó la capa del barón, embozó el rostro y escondió un puñal en sus botas de montar. Iría a exigirle a su primo que anulara todo lo obrado. Al entrar al callejón oscuro que accedía donde vivía su primo sintió en su espalda un frío hierro, luego un disparo antes que lograra sacar su revolver y rodó al suelo con el pecho herido con un profundo desangramiento. Al agacharse el asesino que le había disparado para constatar la efectividad del tiro: Hellmuth reconoció a su primo y aprovechó las pocas fuerzas que le quedaban para asestarle una puñalada en el corazón. Al despuntar el alba los encontraron a ambos muertos desangrados.

Una vez publicado el obituario de la muerte de ambos primo hermanos en los periódicos del lugar, doña Olivia, acudió al otro Notario del pueblo, que había asistido, de último después del Notario de la Plaza Mayor, a la mansión de la viuda del barón van Ryselberger, para que abriera el último testamento válido, que anulaba todos los anteriores, y en que ella aparecía como la única heredera.